



El Reino Unido en el mundo

*Tony Blair **

Tema: Discurso pronunciado por el primer ministro británico Tony Blair ante la Conferencia sobre Liderazgo del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth británico.

Resumen: El mundo nunca ha sido más interdependiente. Las convulsiones económicas o en materia de seguridad se propagan con la rapidez de las infecciones. Las naciones reconocen, más que nunca, que a los retos ha de responderse, al menos en parte, colectivamente. El Reino Unido tiene un papel muy claro en este nuevo mundo.

Análisis: Un país siempre ha de saber cuál es su lugar en el mundo, lo que en el caso del Reino Unido reviste especial importancia. En las postrimerías del siglo XIX el Reino Unido era una potencia imperial. Un siglo más tarde, ese imperio ha desaparecido. Como es natural, y pese al orgullo de nuestra victoria en la Segunda Guerra mundial, resultaba menos claro cómo definirnos. Ese cambio en nuestras circunstancias afectó a nuestra confianza y a la fe en nosotros mismos. Pese a todo, no tengo hoy duda alguna de cuál es nuestro lugar y cómo deberíamos hacer uso del mismo.

¿Cuáles son nuestros puntos fuertes? Formamos parte de la Unión Europea y del G-8, somos miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y el principal aliado de Estados Unidos, y contamos con unas excelentes Fuerzas Armadas, estamos integrados en la OTAN, gozamos del alcance que nos confiere nuestra historia, y también tenemos la Commonwealth, lazos con Japón, China y Rusia, así como vínculos históricos con prácticamente la totalidad de las naciones de Asia e Iberoamérica, amén de nuestra diplomacia -considero que nuestro Servicio Diplomático es el mejor que existe- y nuestra lengua.

¿Cuál es la naturaleza del mundo en el que se pueden utilizar esos puntos fuertes? El mundo nunca ha sido más interdependiente. Las convulsiones económicas o en materia de seguridad se propagan con la rapidez de las infecciones. Esto lo aprendí durante la crisis financiera de 1998. Todos lo sabemos tras los sucesos del 11 de septiembre. Las naciones reconocen, más que nunca, que a los retos ha de responderse, al menos en parte, colectivamente. Además, la cultura y la comunicación, impulsadas por la revolución tecnológica, están reforzando el sentimiento de comunidad internacional. Consideren los objetivos estratégicos del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth que presentaron en su documento. Cada uno de esos objetivos tiene efectos directos sobre el Reino Unido. Y, aun así, cada uno de ellos -ya sea el libre comercio en el marco de la Organización Mundial del Comercio, la respuesta al cambio climático o las amenazas para nuestra seguridad- únicamente pueden superarse mediante una colaboración que trascienda las barreras nacionales.

La ideología política fundamentalista se nos antoja, en estos momentos, una aberración del siglo XX, pero el extremismo religioso nacido de una interpretación incorrecta del Islam constituye un peligro en todo el mundo, no porque goce del respaldo de muchos

* *Primer Ministro británico*

ciudadanos de a pie sino porque puede verse manipulado por grupos reducidos de fanáticos que distorsionan las vidas de esos ciudadanos comunes. Como el Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth señalaba en otro documento, las guerras entre las naciones parecen menos probables -al menos fuera de África- pero los puntos de tensión continúan existiendo y, en cualquier caso, lo esencial es que ningún posible conflicto puede mantenerse circunscrito a un espacio limitado.

El lugar del Reino Unido en un nuevo orden mundial

¿Qué supone todo lo anterior? Supone que el mundo de hoy tiene un interés común principal: avanzar con orden y garantizar que el cambio vaya acompañado de estabilidad. La amenaza común a la que nos enfrentamos es el caos. Esa amenaza puede proceder del terrorismo y producir una cadena de acontecimientos que enfrente a unas naciones con otras. Puede provenir de Estados irresponsables o represores que se hagan con armas de destrucción masiva. Puede originarse por la división del mundo en polos rivales de poder: Estados Unidos de una parte, las fuerzas contrarias a Estados Unidos de otra. También puede brotar de sentimientos reprimidos de injusticia y enajenación, de las divisiones entre las naciones más ricas y más pobres del mundo. El cambio no constituye esa amenaza. Es necesario que el mundo y muchos países cambien. La amenaza proviene del cambio acompañado de desorden, puesto que, en ese caso, no pueden gestionarse las consecuencias del cambio.

Lo anterior se ha comprendido, al menos en forma embrionaria, desde la caída del Muro de Berlín. En aquel momento lo que se pedía era un nuevo orden mundial, pero un nuevo orden presupone un nuevo consenso y un nuevo programa de actuación y un nuevo vínculo internacional para hacerlo.

Es ahí donde se encuentra el lugar del Reino Unido. Únicamente podemos participar en su impulso -sugerir más sería excesivo y absurdo-, pero esa participación es importante. Nuestros puntos fuertes, nuestra historia nos capacitan para desempeñar un papel de unificador en torno a un consenso sobre la consecución tanto de nuestros objetivos como de los objetivos del mundo en general.

Resulta relativamente sencillo exponer nuestros fines y muchos otros países los compartirían: seguridad frente al terrorismo y a las armas de destrucción masiva; eliminación de los conflictos regionales que puedan presentársenos; una economía internacional estable; libertad de comercio; actuaciones frente al cambio climático; ayuda y desarrollo. Jack Straw los abordó ayer con claridad. La cuestión es cómo los alcanzamos desde la perspectiva de la diplomacia y cuáles son los principios de la política exterior que deberían guiarnos.

Principal aliado de Estados Unidos

En primer lugar, deberíamos continuar siendo el principal aliado de Estados Unidos y, como tal, influir para que éste prosiga ampliando su programa de actuación. Somos aliados de Estados Unidos no porque sea una nación poderosa, sino porque compartimos sus valores. No me sorprenden las posiciones antiestadounidenses, aunque las mismas constituyen algo gratuito e insensato. Pese a todos sus defectos -y todas las naciones los tienen-, Estados Unidos representa una fuerza de bien y posee tradiciones liberales y democráticas de las que cualquier nación se enorgullecería. En ocasiones pienso que, como regla general, es un buen ejercicio plantearse, respecto a un país, si la gente está intentando entrar o salir del mismo. Ese criterio no es un mal indicador de qué clase de país es.

Al margen de lo anterior, es de primordial importancia para nuestros propios intereses que continuemos siendo aliados próximos. Dicho con absoluta claridad, no hay muchos países que no quisieran mantener la misma relación que tenemos con Estados Unidos, y entre ellos figurarían la mayoría de los que, en público, son más críticos con Estados Unidos.

Sin embargo, deberíamos emplear esa alianza eficazmente. El problema que algunas personas tienen respecto a Estados Unidos -no los antiestadounidenses fanáticos sino aquéllos con un posicionamiento no extremo- no es que, por ejemplo, sean contrarios a la postura estadounidense en lo relativo a las armas de destrucción masiva o al terrorismo internacional. Los ciudadanos prestan atención al parecer de Estados Unidos acerca de esas cuestiones y pueden estar de acuerdo, pero lo que quieren es que Estados Unidos, por su parte, les escuche.

Para la comunidad internacional, resultan igualmente importantes el Proceso de Paz de Oriente Próximo, la pobreza global, el calentamiento del planeta y la Organización de las Naciones Unidas.

La decisión de Estados Unidos de actuar respecto a Irak desde la ONU representó un paso crucial en sí mismo al ser expresión de su deseo de colaborar con otros. Estados Unidos no es reacio a adoptar un programa de actuación más amplio, bien al contrario. Sirva de ejemplo que la decisión estadounidense de respaldar un nuevo vínculo entre la OTAN y Rusia ha permitido que la Defensa con Misiles y la ampliación de la OTAN sean más sencillas y generen menos divisiones.

El precio de la influencia británica no es, como a algunos les gustaría, que tengamos que ser obedientes y hacer todo lo que nos ordene Estados Unidos. Nunca destinaría tropas británicas a una guerra que considerara equivocada o innecesaria. Hay casos en los que no estamos de acuerdo, como el acuerdo de Kioto.

Pero el precio de esa influencia es que no permitimos que Estados Unidos se enfrente a esas difíciles cuestiones solo. Al decir cuestiones difíciles me refiero a aquellos asuntos que los ciudadanos preferirían que no existieran, de los que no desean ocuparse, y, si me permiten ser algo peyorativo, cuestiones a las que saben que Estados Unidos debería hacer frente pero por las que esos ciudadanos se permiten criticar a ese país. De ese modo, si Estados Unidos actúa solo, se le califica de unilateralista; pero si busca aliados, se opta por la inacción. El terrorismo internacional es una de esas cuestiones. A los fanáticos se les debe hacer frente y se les ha de derrotar, tanto en el terreno de las ideas como en el militar. Y las armas de destrucción masiva constituyen otra cuestión de esas características.

Deseo exponerlo con total claridad. En febrero de 2001, cuando me reuní por primera vez con el presidente Bush, declaré que las armas de destrucción masiva constituían la cuestión fundamental a la que se enfrentaba la comunidad internacional. Considero que lo es aún más en estos momentos. Las últimas noticias acerca de Corea del Norte son una llamada de atención manifiesta para el mundo. No obstante, esta cuestión no debería hacer que dejáramos de ocuparnos de Irak y de sus armas de destrucción masiva. Habrá formas diversas de responder a los distintos países, pero nadie puede poner en duda la trascendencia que reviste la cuestión de las armas de destrucción masiva y la importancia de hacerles frente. El programa armamentístico de Corea del Norte y la exportación del mismo, el creciente número de Estados inestables o con regímenes dictatoriales que están intentando dotarse de capacidad nuclear, y las empresas y personas supuestamente respetables que participan en esas actividades, constituyen un peligro real y activo para nuestra seguridad y prevengo a la ciudadanía de que es sólo cuestión de tiempo el hecho de que los terroristas se hagan con esas armas.

Por esa razón, cuando, como sucede en el caso de Irak, la comunidad internacional, a través de la ONU, exige a un régimen que se deshaga de sus armas de destrucción masiva y ese régimen se niega a hacerlo, el mismo representa una amenaza para nosotros. Puede que resulte incómodo y surgirá la consabida plétora de teorías conspiratorias al respecto pero, a menos que el mundo se oponga a las armas de destrucción masiva y se manifieste con claridad sobre las mismas, lamentaremos las consecuencias de nuestra debilidad.

No debería obligarse a Estados Unidos a que responda a ese asunto por sí solo. Todos deberíamos participar. Obviamente, debería hacerse desde la ONU: tal era nuestro deseo y lo que Estados Unidos hizo. Pero si se incumple la voluntad de la ONU, tendría que hacerse cumplir esa voluntad.

Jack Straw ha presentado hoy, ante el Parlamento, los objetivos detallados de nuestra política respecto a Irak.

Por lo tanto, cuando Estados Unidos haga frente a esas cuestiones, deberíamos estar a su lado. Y deberíamos, a su vez, esperar que se respondiese a las mismas con la comunidad internacional, de un modo proporcionado, sensato y que genere mayores posibilidades de paz, seguridad y justicia a largo plazo.

En el centro de Europa

En segundo lugar, el Reino Unido debe ubicarse en el centro de Europa. Antes de que concluya 2004, la Unión Europea constará de 25 naciones. Con el transcurso del tiempo se unirán otros países, entre ellos Turquía. Constituirá el mercado de mayores dimensiones del mundo. Será la unión política entre naciones más integrada y su poder seguirá creciendo. Separarnos de la Unión Europea sería una locura. Si estamos dentro, debemos estarlo con absoluta convicción. Y eso incluye la adopción de la moneda única siempre que se den las condiciones económicas apropiadas. Durante 50 años hemos tenido dudas sobre Europa. Y no nos ha servido de nada. Y no hay mayor error en la política internacional que considerar que la fortaleza en Europa se traduce en debilidad frente a Estados Unidos. Esas funciones se refuerzan mutuamente. Es más, si cabe, no puede existir un consenso internacional a menos que Europa y Estados Unidos permanezcan unidas. En aquellas ocasiones en las que entre ellos surgen divisiones, las fuerzas del progreso, los valores de libertad y democracia, los requisitos de paz y seguridad, se resienten. Ciertamente podemos contribuir a ser un puente entre Estados Unidos y Europa y ese entendimiento es siempre necesario. Europa debería ser socio de Estados Unidos y no constituirse en su rival.

Un compromiso constructivo con otros países y la lucha contra la pobreza

En tercer lugar, deberíamos comprometernos con los países que, por mor de sus dimensiones y su población, están destinados a ser potencias económicas y políticas aún mayores si cabe, a fin de buscar aquellos ámbitos en lo que estamos de acuerdo. Rusia, China y la India son tres países en proceso de transición. Su poder va a ser inmenso. El modo en que se desarrollen afectará sustancialmente a nuestra seguridad y a nuestra prosperidad. Junto a Estados Unidos y en el seno de Europa, así como a título individual, el Reino Unido tendría que colaborar con ese cambio rumbo, bien sea dentro de la Organización Mundial del Comercio, en el ámbito de la paz y de la seguridad o en el propio Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Y deberíamos colaborar con Japón para garantizar que sigamos siendo su principal socio europeo, lo que constituye otra razón más para que seamos influyentes en Europa.

En cuarto lugar, nuestra historia representa un elemento positivo siempre y cuando nos deshagamos de cualquier residuo de arrogancia imperial y reconozcamos que los otros países únicamente colaborarán con nosotros como iguales. Dicho esto, hay que apuntar que lo que muchos países quieren es trabajar con nosotros y, probablemente más que en el caso de cualquiera de las otras antiguas potencias coloniales, nuestro imperio dejó tras de sí considerable afecto junto a problemas de gran alcance que han de resolverse.

Con muchos de esos países, nuestras relaciones actuales se están transformando y el Ministerio de Desarrollo Internacional está contribuyendo a que consigamos una relación de igualdad, confianza y colaboración. Tendríamos que profundizar en esa relación en cada ocasión que se presente y no sólo a través del comercio y de la diplomacia convencional, sino también por medio del Consejo Británico, del Servicio Internacional de la BBC, del diálogo político, o alentando a los estudiantes extranjeros a que estudien en el Reino Unido.

En quinto lugar, no podrá existir un nuevo consenso, ni un nuevo orden, ni estabilidad sin dar una respuesta a la sobrecogedora pobreza que padece la mitad de la población del mundo. Las actuaciones para hacerle frente -que son posibles con la visión y la imaginación adecuadas- representan la mejor inversión en su propio futuro que puede realizar el mundo desarrollado. El Reino Unido debería ser el paladín del mundo en vías de desarrollo, impulsando, por ejemplo, la apertura de mercados a través de la Organización Mundial del Comercio y colaborando con África para hacer del Nuevo Vínculo para el Desarrollo de África (NEPAD) una realidad.

Reforma de las Instituciones Internacionales

En sexto lugar, es preciso que construyamos un marco mejorado en el que instituciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial puedan ayudar a los países a responder a sus dificultades y a avanzar. El problema radica en que, con frecuencia, lo que dictaminan el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial es correcto desde un punto de vista intelectual, pero puede que el sufrimiento político requerido sea insoportable o que el sistema político resulte demasiado frágil para aplicar el remedio.

Comencé a reflexionar acerca de esta cuestión a partir del proceso de ampliación de la Unión Europea. Si se hubiera dicho hace cinco años que los diez países ingresarían y que lo harían en 2004, se hubiera pensado que era una afirmación absolutamente utópica. Pero la pertenencia a la Unión Europea y a la OTAN ha actuado como un poderoso motor de reformas. Y consideren el caso de Turquía en estos momentos. Pedimos a los países de Iberoamérica, de Oriente Próximo, de Asia y de África que acometan transformaciones de enorme alcance, pese que es infrecuente que esos cambios se enmarquen en un contexto político más amplio en el que exista un beneficio especificado y claro, una finalidad a la que aspirar.

Es en este plano en el que la comunidad internacional ha de instrumentar mecanismos que alienten a las naciones desarrolladas a invertir más visión, energía y creatividad en la conformación de factores de atracción adecuados, de modo que los países puedan movilizar a sus ciudadanos a favor de las reformas. Podría hacerse a nivel regional, o bien en los ámbitos del comercio o la seguridad, o de la asistencia con la gestión gubernamental. Sin esos mecanismos, demasiados políticos de los países en vías de desarrollo sabrán lo que es correcto hacer pero tendrán grandes dificultades para ponerlo en práctica. El Reino Unido cuenta con la capacidad política e intelectual para colaborar en la creación de ese marco. Y es en Iberoamérica donde debe empezar a hacerse.

Acercamiento al mundo musulmán

En sexto lugar, es preciso que nos aproximemos al mundo musulmán.

Ese acercamiento comprende tres elementos. El primero de ellos es la imparcialidad. La razón de que exista oposición a nuestra postura frente a Irak se debe más a la opinión de que existe un doble rasero que a un posible afecto hacia Sadam Husein. El Proceso de Paz en Oriente Próximo continúa revistiendo una importancia crucial para un entendimiento con los musulmanes y con el mundo árabe. El terrorismo al que se somete a inocentes ciudadanos israelíes es perverso y homicida y, sin duda, provocará una actuación firme del gobierno israelí. Ningún gobierno democrático podría hacer otra cosa. Pero esa no es la cuestión. Lo decisivo es que, salvo que se haga un verdadero esfuerzo para modelar un proceso que pueda conducir a la paz, no cesarán ni las matanzas de israelíes inocentes ni el atroz sufrimiento de los palestinos. En estos momentos, el futuro de los inocentes está secuestrado por los terroristas.

Pero esa aproximación al mundo musulmán supone, igualmente, un compromiso con la forma en la que esos países avanzan hacia una mayor estabilidad democrática, una mayor libertad y un mayor respeto por los derechos humanos. Conlleva la creación de vías de comprensión entre el Islam y las otras religiones. Puede que estas afirmaciones resulten extrañas en boca de un político, pero estoy acostumbrado a que los clérigos me den consejos. Es necesario que colaboremos con el Islam no extremista en un nivel teológico a la par que político. El diálogo interconfesional es un elemento importante de ese mayor entendimiento. Ha de responderse a los fanáticos que hacen un uso indebido del auténtico Islam con ideas y valores tanto como con la seguridad y las armas. Si no ayudamos a aquellos que, desde la fe musulmana, se pronuncian a favor de la moderación, de la tolerancia y del sentido común, esos fanáticos atraerán nuevos voluntarios con la misma o mayor rapidez con la que nosotros encarcelamos o neutralizamos a antiguos voluntarios.

También en este caso puede ayudar el Reino Unido, con su comprensión del mundo árabe y su tradición de tolerancia religiosa.

Conclusión: Al final, todo lo anterior se resume en una cuestión fundamental. Los valores que propugnamos -la libertad, los derechos humanos, el imperio de la ley, la democracia- son todos valores universales. Si tienen la posibilidad, los ciudadanos de todo el mundo desean disfrutar de los mismos, pero ha de procurarse alcanzarlos junto a otro valor: la justicia, la creencia en que todos deben tener oportunidades. Sin justicia, esos valores que he apuntado pueden presentarse como 'valores de Occidente'. La globalización deviene en un ariete del comercio y de la cultura occidentales y el orden que deseamos se percibe, por buena parte del mundo, como 'orden de ellos', no 'nuestro'.

Únicamente podrá alcanzarse un consenso si se trabaja en pro del mismo con un sentido de justicia, de igualdad, de colaboración. Nuestra función es valernos de todos los puntos fuertes de nuestra historia, que son de un alcance excepcional para un país de nuestras dimensiones, para reunir a las naciones en torno a ese consenso.

Una última cosa que el Reino Unido precisa: confianza en nosotros mismos

No es éste momento para la cautela británica, ni siquiera para la reserva británica, y mucho menos para un regreso a un aislamiento guiado por una visión equivocada del patriotismo. Nos hallamos en un momento en el que es necesario que nos ubiquemos en primera línea, que nos comprometamos, que seamos abiertos, que seamos creativos, que estemos dispuestos a adoptar decisiones audaces. Todo lo que se precisa es valor y

confianza. Ustedes, al igual que los ciudadanos del Reino Unido, poseen grandes dosis de ambos. Cuando dedican su atención a un asunto, nadie lo hace mejor. Lo comprobé en Kosovo y en Afganistán. Lo he visto en incontables Consejos Europeos, en la pasión y el compromiso del Ministerio de Desarrollo Internacional, en las recientes negociaciones en la ONU, y lo veo cada vez que me reúno con los miembros más jóvenes de sus plantillas en cualquier embajada del mundo, cuya única motivación es su entusiasmo por hacer lo mejor para el Reino Unido en pro de una noble causa. Es éste el momento de hacer que nuestro futuro tenga un efecto -si bien tal vez no un carácter- tan apasionante como nuestra historia.

Tony Blair
Primer Ministro británico